

Ángel Luis Aritmendi Villanueva  
Maestro de Primaria  
CP Joaquín Costa (Alcorcón, Madrid)

# EL MAESTRO Y LA EDUCACIÓN LECTORA:

## APOYO, SEDUCCIÓN Y CONTAGIO

*A pesar de que hasta ahora en el ámbito educativo no se conoce ningún estudio que demuestre que el análisis interno de una lengua (es decir, su gramática) nos conduzca a un mayor dominio de la misma (hablar, escuchar, leer y escribir), sigue siendo habitual en los programas de los centros escolares (en los currículos oficiales de educación) dedicar más tiempo a las cuestiones gramaticales del lenguaje que al fomento y al desarrollo del hábito lector. Se antepone el análisis a la práctica cuando lo recomendable es precisamente lo contrario...*

● Qué estímulo puede sentir un niño en la enseñanza de una lengua centrada en reglas vacías, estructuras sintácticas desprovistas de sentido y de espaldas a la fascinación que supone para todo alumno comunicar sus sentimientos, sus experiencias, escuchar las de los otros y poder disfrutar de todo ello partiendo de la buena literatura? Sería bueno preguntarnos si no des-educamos –introduciendo zonas de sombra, grisalla que desanima a pensar– cuando obligamos a los niños a leer textos cuyas ideas y conceptos están lejos de dar respuesta a sus más directos interrogantes.

Sabemos que una de las condiciones para crecer equilibradamente es que la expresión no se quede nunca detrás de la experiencia. Foucault solía decir que quien desconoce la palabra *amor* está incapacitado para enamorarse. La narración es inseparable del deseo. Deberíamos ayudar a los niños a expresar todo lo que sienten y viven, y para ello necesitan palabras. El lenguaje es pensamiento (deseo) y viceversa. No podemos condenarnos a las palabras insignificantes, a no ir con las palabras más allá de

dad. El lenguaje que somos y en el que se refleja la mismidad –o sea, las opiniones, muchas o pocas, que tengamos en la vida, de los otros seres, de la sociedad y la cultura– es el espejo con el que continuamente nos encontramos y en el que nos vemos. Verse en el lenguaje es reconocer –pensar– las palabras y reconocerse –verse iluminados– en ellas”.

La lectura, por tanto y a pesar de los innumerables avances tecnológicos, debería continuar estructurando la educación de los jóvenes para enseñarles a comprender el mundo en el que viven. Sin embargo, se suele subestimar la capacidad sensorial y cognitiva de los niños y por eso muchas de las lecturas propuestas en los libros de texto adolecen de una falta ostensible de calidad literaria. Sería interesante estudiar hasta qué punto esta carencia no supone un obstáculo determinante en la adquisición de los buenos hábitos lectores. No debemos olvidar que leer es como sembrar, como plantar una semilla. Tiene un efecto posterior aunque hoy en día vivamos cada vez más *pendientes*



lo superficial cuando lo que nos interesa y nos atrae es lo secreto, lo oculto y lo profundo. Toda biografía humana se conforma dentro de unos parámetros espacio – temporales (históricos) en los que un conjunto de símbolos y palabras se encargan de estructurar la personalidad de cada individuo y, por ende, de cada generación. Para conocerse a uno mismo, para interpretar quiénes somos (el texto como pretexto), se hace imprescindible estar bien equipado de palabras. En un artículo reciente comparaba Javier Reverte la lectura con el amor y los viajes, tan similares los tres –decía– “porque en cada uno de ellos te adentras en lo que no conoces, son una aventura que te lleva por un viaje del que aprendes algo, y si un viaje no te cambia, no vale la pena”.

“*Conócete a ti mismo se transforma –para Lledó– en mira las palabras: las palabras que hacemos nuestras, a lo largo de la vida, y que configuran el fondo ideológico de cada singularidad, de cada personali-*

de lo que nos muestran las modas de los escaparates y los anuncios de televisión.

Y los maestros. ¿Leemos mucho los maestros? ¿Leen los padres y las madres? ¿Lee la sociedad en su conjunto? El prestigio del que gozaba antaño el lector va quedando atrás sustituido por nuevos paradigmas culturales en donde la información y la formación se asimilan a través de cauces diferentes. Probablemente, las pantallas de ordenador y los libros electrónicos no sean solo una forma distinta de leer. De hecho parece que nos conectamos a internet para evitar leer del modo tradicional. Las nuevas formas de lectura, a saltos de un sitio a otro en la pantalla (superficiales), van ganado terreno en detrimento de la capacidad de concentración, interpretación y creatividad del lector. Somos más capaces y eficientes para procesar información pero menos capaces de profundizar en esa información. Sin embargo, debería-

mos continuar leyendo con el entusiasmo con el que Don Quijote leía las novelas de caballería. A estas alturas ningún fin de la historia puede sorprendernos. No hay gigantes y el libro –según Umberto Eco– es como la cuchara, el martillo, la rueda o las tijeras, una vez inventados, no se puede hacer nada mejor. Dos siguen siendo los objetivos educativos para alcanzar y desarrollar a través de la lectura: el placer intelectual y el aumento de información y conocimiento. Aprendemos leyendo y leemos para aprender. Para imaginar. Con la razón y con los sentimientos.



Sin embargo, utilizando una bella metáfora, un niño no es una pizarra vacía que haya que llenar de contenidos, sino un gran bosque que puede arder mediante una chispa. Para encenderla, frente a la metodología de la obligación, precisamos de la seducción y del contagio.

La imitación puede convertirse poco a poco en autodisciplina. La técnica de algunos profesores –nos cuenta Emili Teixidor en su libro *La lectura y la vida* (Ariel, 2007)– era llegar a clase con tres libros y anunciar que iban a hablar de dos de ellos. Los alumnos se percataban enseguida de que eran tres y no dos; los profesores se hacían los sorprendidos y retiraban el libro intruso mientras comentaban que ese no era un libro para ellos, con temas demasiados espinosos, cuya lectura requería un esfuerzo superior al que ellos podían realizar en ese momento, que incluso lectores más experimentados habían sucumbido peligrosamente a sus propuestas, etc. No hablaban más de ese libro y se pasaban la clase presentando los otros dos. Acabada esta, olvidaban adrede los tres libros sobre la mesa y evidentemente gran parte de los alumnos se precipitaban sobre el libro proscrito del que ni siquiera se había mencionado el título.

Pero nadie dijo que leer fuera fácil. No es un juego aunque muchas veces resulte *divertido*. Para comprender lo que leemos necesitamos esforzarnos, llevar a cabo una intensa actividad intelectual que,

*Sería bueno preguntarnos si no des-educamos cuando obligamos a los niños a leer textos cuyas ideas y conceptos están lejos de dar respuesta a sus más directos interrogantes.*

como todos los placeres auténticos, ensancha la vida. Ya que lo fácil aburre y lo difícil estimula, frente al lector superficial que busca la evasión o el entretenimiento, nuestra experiencia aboga por un lector profundo que busca la verdad.

Para todo ello, la labor del maestro es imprescindible. Y la lectura en voz alta, su herramienta principal junto a una adecuada selección y comentario de los textos. Leer en voz alta es interpretar, es dar un sentido personal a lo leído para que, en este caso, los alumnos nos escuchen, nos entiendan y podamos transmitir así, por contagio, el placer de la lectura.

En la novela autobiográfica *Verano*, Coetzee nos habla de su experiencia como maestro en Ciudad del Cabo: “Según mi experiencia –afirma–, los alumnos pronto descubren si lo que les estás enseñando te importa. En caso afirmativo, están dispuestos a considerar la posibilidad de que también les importe a ellos. Pero si llegan a la conclusión, acertada o no, de que no te importa, no hay nada que hacer, mejor sería que te fueras a casa”.

Para que esto no ocurra es recomendable trabajar en la escuela con textos cortos (pequeños en extensión), de estructura cerrada y unitaria (significativa en sí) como, por ejemplo, un artículo de periódico, un poema o un microrrelato, pequeñas semillas de palabras que irán creciendo y fructificando en los pensamientos de los niños y en sus emociones.

Los textos seleccionados pertenecerán a géneros distintos y habrán de ser elegidos por su capacidad de conectar con los intereses y conocimientos previos de los alumnos, teniendo muy en cuenta sus aptitudes cognitivas de comprensión lectora. Destacarán por la naturalidad con que susciten la opinión y los comentarios personales. Serán textos que conciernen a los alumnos, dialogue con ellos, les interpele, les plantee dudas e interrogue, muy lejos de lo que Freire llamaba la concepción bancaria del saber, y Sartre, la concepción digestiva o alimenticia, consistente en el depósito de contenidos por parte del maestro (cuantos más, mejor) en las cabezas de los alumnos sin importar lo que estos piensan, sin dialogar con ellos.

Cuando preparemos la lecturas para comentar en clase, previamente es necesario hacerse tres preguntas básicas: 1) ¿Por qué hemos elegido este texto? 2) ¿Qué esperamos que esta lectura aporte a nuestros alumnos? 3) ¿Qué respuestas personales de los alumnos podemos anticipar a partir de la lectura?

De los libros escritos por el pedagogo americano G. Bruner nos interesa destacar aquí dos conceptos clave que, desde el punto de vista metodológico, nos van a ayudar a trabajar el hábito lector: *currículum en espiral* y *andamiaje*. Con el primero de ellos nos referimos a las actividades de intertextualidad surgidas a partir de los comentarios de texto y cuya finalidad es establecer un diálogo constante, un viaje de ida y vuelta continuo entre las diferentes lecturas y sentidos, situaciones, personajes, historias e interpretaciones de los textos leídos, merced, sobre todo, a la habilidad del maestro en la secuenciación de las actividades y en la claridad y agudeza de sus comentarios. Este tipo de metodología implica a las cuatro destrezas básicas del lenguaje: escuchar, hablar, leer y escribir. Así, la lectura de un texto nos puede conducir a la realización de una actividad de redacción previamente programada; esta, a su vez, remitirnos a la lectura inicial, que sería ya una relectura; de aquí pasar, por ejemplo, a la puesta en común y debate de cualquier aspecto que haya interesado especialmente a los alumnos, que, a su vez, podría dar lugar a nuevos ejercicios de lectura y escritura de textos diferentes pero relacionados con el primero en una especie de bucle u onda expansiva enriquecedora. Estas actividades lingüísticas motivan a los alumnos y dan un sentido vital y participativo a sus experiencias lectoras. Una experiencia colectiva que con el tiempo se convierte en individual.

No olvidemos que los alumnos necesitan nuestra ayuda. No se les puede dejar solos con un libro porque, entonces, no leen, lo abandonan desmotivados y atraídos por actividades menos exigentes. Necesitan la compañía, el apoyo y la lucidez de las palabras descubridoras del maestro. Es aquí donde entra en juego –en este juego colectivo– el segundo de los conceptos de los que hablábamos: *andamiaje* o construcción de los aprendizajes. El profesor leerá en voz alta los textos, establecerá conexiones con otras lecturas o con circunstancias y situaciones

que pongan en continua relación las historias leídas con las experiencias que viven y conocen los alumnos. En este trasvase ininterrumpido entre la vida y la lectura, entre lo que ocurre en las páginas de un libro y lo que sucede tras las paredes de la escuela, está la clave de la motivación de los alumnos, y, por ende, del éxito de nuestra tarea educativa.



Sabido es que durante la etapa de Educación Infantil y los dos primeros ciclos de Primaria, el pensamiento mágico característico de los alumnos se siente atraído de manera natural por la ficción, por las historias y personajes que aparecen en los cuentos y libros infantiles. Cada niño ve así labrado su carácter por su fantasía, que es de hecho la mayor realidad que podrá poseer a lo largo de su vida. Los niños disfrutaban leyendo y escuchando porque aún la verdad de las mentiras ejerce un poder incuestionable sobre ellos. Sin embargo, a partir del tercer ciclo de Primaria –cuando en el desarrollo de la personalidad las circunstancias reales adquieren un mayor peso que las ficticias; cuando, en definitiva, los libros se ven superados por la vida– comienzan entonces las dificultades, disminuye el hábito lector y se produce la gran sangría.

De ahí que no solo baste en la escuela con tener una buena biblioteca de aula y un servicio de préstamo de libros bien organizado. No basta con dedicar en clase todos los días media hora de lectura individual y silenciosa para conseguir que los niños se aficionen a la lectura. Todo ello está muy bien, pero no es suficiente. En un mundo en que los medios tecnológicos deshumanizan la escuela y ofuscan la palabra y el pensamiento, urge más que nunca reivindicar la figura activa del maestro, su guía y su orientación y, si nos apuran, su deslumbramiento. ▀